BREVE SANTORAL

SILVINA OCAMPO

Dibujos

NORAH BORGES



Ediciones de Arte Gaglianone

BREVE SANTORAL

Coordinador: Roberto Alifano
Diseño Gráfico: Luis Alberto Wells

Impreso en la Argentina / Printed in Argentina

EDICIONES DE ARTE GAGLIANONE
Chilavert 1146
1437 Buenos Aires / Argentina

ISBN 950-9004-43-X

BREVE SANTORAL

SILVINA OCAMPO

Dibujos

NORAH BORGES



Ediciones de Arte Gaglianone

Prólogo

De tres maneras cabe considerar este grato volumen. La primera, como un conjunto de poesías ilustradas; la segunda, como una serie de dibujos con extensos epígrafes; la última, como hecho de unidades poéticas y pictóricas. Opto, como es natural, por la tercera. A cada santo corresponde un poema y asimismo una imagen. He oído la lectura de los primeros, que son, como era de esperar, trémulos y admirables; intuyo las segundas, que sin duda merecen ambos epítetos.

Me consta que los separa una diferencia, que no sólo es formal. Los santos, para Silvina Ocampo son los semidioses o héroes de una mitología que le es ajena; para la fe de Norah, mi hermana, son los que oyen su plegaria.

Coleridge dejó escrito que la fe poética es una suspensión voluntaria, o complaciente, de la incredulidad; en lo que se refiere al artista, basta que su imaginación acepte un hecho, que puede ser histórico o fabuloso. Juega parejamente con los doce trabajos de Hércules y con los exorcismos que obró Jesús. La Trinidad no es menos plástica que Zeus o que Odín. El dragón es tan real como San Jorge. Este, me

informan, ha sido despojado de santidad por el Vaticano; en una página atribuida, acaso temerariamente, a Hermes Trismegisto se lee que el Orbe Superior es espejo del Orbe Inferior. Chesterton ha observado que la Edad Media (tal es el nombre provisorio que le adjudicó un historiador alemán) creó una ciencia de los justos, la hagiografía; ahora nos interesan los criminales.

Sea lo que fuere, este inútil prólogo es una serie de consideraciones abstractas. Lo que importa es el hecho, el hecho estético que aguarda a los lectores y espectadores. Sella, me consta, una antigua y triple amistad.

Jorge Luis Borges

Buenos Aires, veinticinco de mayo de 1984.



Santa Rosa de Lima

La soñé. La soñaba en las orillas
de un provinciano arroyo. Era una santa
adherida a su fe como la planta
que extiende la raíz bajo gramillas.
Ni de madera, ni de porcelana,
todo de oro un relámpago en el cielo
me la mostró con luz de caramelo
en tormentas de agosto, casi humana.
Supe después que era paciente y fiel.
Cuando nació, una india vio una rosa
sobre su rostro y la llamaron Rosa:
más su nombre de pila era Isabel.

En la cintura se anudó cadenas,
cerró el candado y arrojó la llave
al aljibe del patio; ¡Ah, nadie sabe
del dolor de su carne y de sus venas!
Quemó su mano demasiado hermosa,
cortó su cabellera deslumbrante,
bebió hiel y no el agua refrescante,
cavó para recluirse una honda fosa.
Decía en el silencio de las piedras
que era grato el silbido de mosquitos.

Nada la distraía de sus ritos:

impertérrita, oraba entre las hiedras.
Como el santo de Asís, la santa amaba,
con ademanes mágicos y suaves,
a los pobres, los árboles, las aves
y en coro loas al señor cantaba.
Yo creo que en su anillo estaba escrito
por Jesús: *Rosa de mi corazón*
se mi esposa, y en llamas la pasión
dibujaba un minúsculo espejito.



San Martín de Porres

En un convento de Perú
de mucha luz,
de mucha sombra
donde había ratones
grandes como gatos,
Martín de Porres era el lego
que siempre escoba en mano
mantenía todo limpio.
Martín oye un día las quejas del sacristán:
los ratones destrozan
la ropa de la sacristía.
Martín trae una enorme capa,
la despliega en el suelo
y convoca en ella a los ratones.
Echa después la capa al hombro
y sale al jardín donde los suelta.
Les dice "Les traeré el sustento diario
si me prometen no volver a la sacristía".
Los animalitos cumplieron.
Por eso a San Martín de Porres
lo llaman el Santo de los Ratones.



Santa María, La Egipcíaca

Tú que has ardido en fuego de pasiones,
que fuiste escándalo a los doce años,
que tuviste un sosía
y por capricho quisiste ir a la fiesta
de la Exaltación de la Santa Cruz
en Jerusalem y entrar en el templo
¿qué fuerza invisible te lo impedía?
Fue al levantar los ojos y ver a la virgen,
que lloraste
y por fin pudiste entrar en el templo,
allí sentiste la inspiración divina
de huir al otro lado del Jordán.

La sombra enamorada escribió notas
con su pelo en el viento musicales,
quedaron en la arena, son preciosas,
las nubes más rosadas las escuchan
cuando el sol del poniente la contempla
y yo desde tan lejos la imagino
y Norah atentamente la dibuja
en el fondo desierto del desierto
con ángeles divinos que la escoltan.

¿Un tigre durmió a tus pies en el desierto?
¿Se enredaba el viento en tu larguísimo pelo?

¿Una tempestad te arrastró a distancias
inacabables en busca de agua
infinita como el océano?
Abandonaste todos tus hábitos
hasta que San Zosimas te halló
y te dio la comunión.
Sabia fue tu muerte
en tu cuerpo inerte,
delirante quedó en los vitrales
de las grandes catedrales.



San Cristóbal
(plegaria)

San Cristóbal, protégenos en este mundo
en que somos incesantes viajeros
en coches, en bicicletas, en trineos, en trenes,
en barcos, en helicópteros, en automóviles,
en aviones, en sueños o en la realidad
de nuestra casa, inmóvil.
Llévanos como llevaste a aquel niño
que pesaba tanto porque el niño era Jesús
cuando cruzaste el río.
Cruzamos ríos nosotros también, y mares
y desiertos, bosques, montañas, lagos,
infierno y cielo, llevándonos a nosotros mismos,
con el peso de nuestras culpas.



Santa Serafina

Jamás reniega de su fe. Una vez
dos hombres que pretenden ultimarla
y en el tumulto tratan de violarla,
fulminados, caen muertos a sus pies.

La acusan de ser maga y resucita
a esos dos muertos que no entienden nada
de la luz tan profunda y deslumbrada
de sus ojos tan plácidos. No grita,

y el tirano no sabe qué castigo
infligirle. Llevándose consigo
esa tortura de tramar torturas

que no hieren a víctimas tan puras,
llora porque no puede hacerle mal,
llora, decapitándola al final.



San Arsenio

Por qué Arsenio viniste a éste desierto
se pregunta a sí mismo ardientemente.
Quiero alejarme ahora de la gente,
quiero entregarme a Dios, más no estoy muerto,

le contesta su propia voz y es cierto.
Las horas de delicia son la fuente;
la aridez lo contempla tiernamente;
cada aurora para él es como un puerto.

La corte del emperador Teodosio
con su riqueza y ditirámbico ocio
se aleja hecha de polvo y en la arena

solícito recuerda a Arcadio, a Honorio,
y ese momento alegre de la cena,
presos de un bienestar tan provisorio.



Santa Teodora

Os digo, que así habrá gozo en el cielo de un pecador que se enmienda, más que de noventa y nueve justos, que no han menester enmendarse.

Lucas, XV, 7

Yo, disfrazada de hombre. Yo, Teodora
entro en un monasterio para expiar
mis culpas, más difícil es borrar
lo que ocurre en secreto, cada hora.

Dentro de mí la culpa ya no mora,
más algo en la mirada como un mar,
en los labios un sello sin cesar
el semblante me da de pecadora.

De haber violado a una muchacha pura
me acusaron, mas yo con gran ternura
cuido al hijo del cual me creen el padre

como si fuera verdadera madre.
Revela Dios, sólo después de muerta
mi santidad como una abierta puerta.

Santa Teodora se vistió de hombre, tomó el hábito religioso para hacer penitencia por sus pecados. Durante muchos años se dedicó a los oficios más humildes y penosos del monasterio hasta que acusada de quitar la virginidad a una niña, hizo penitencia por el supuesto crimen durante siete años, fuera del monasterio, alimentando al niño del cual la acusaban de ser el padre.
Dios descubrió su inocencia y su santidad después de su muerte, en el año 474.

El Diario de los Santos.

por el R.P. Jean - Etienne Grosez de la Compañía de Jesús, 1828.



Santa Inés

Esposa del Cordero del Señor
burlando las caricias y amenazas
de Dioclesiano, guarda como en brasas
un corazón que ofrece en el amor.

Sempronio ordena que en un antro impuro,
hombres intenten deshonrarla unidos:
hacen morir a aquellos pervertidos
ángeles que vigilan su amor puro.

La echan dentro del fuego y en la llama
Jesús ha de salvarla porque la ama.
En el año trescientos cuatro para

tronchar su cuello una luciente espada,
el alma de su cuerpo no separa
de su cuerpo tanta alma contristada.



Santa Lucía

Los ojos siempre pueden ver sin ver,
pues lo que vieron todo está en los sueños:
las formas, los colores, esos dueños
del presente futuro en nuestro ser.

Retratos de la luz son fiel cristal
de una esperanza que jamás se apaga
pues la naturaleza los embriaga
y los conserva dentro de un fanal.

Ha de buscar la vida en sus espejos,
como en el agua azul la enredadera,
transformaciones mágicas espera.

Los ojos que no ven verán más lejos
cuando vuelvan a ver la claridad:
la luz perdura, no la oscuridad.



El Angel de La Guarda

Porque somos hechos espectáculo al mundo, y a los angeles, y a los hombres.

I Corintios, IV, 9

Artilmán, Zelibeth, Rosalm, Tur,
todos tus nombres suenan en mi memoria juntos,
asimismo eras y serás un solo ángel de mi guarda.
Artilmán, te llamaba a la hora del poniente cuando
bañábamos
y dábamos de comer en bolsas de arpillera afrecho
a los caballos del río
cuando cruzábamos el Sarandí
y en otras orillas juntábamos damascos híbridos.
Tenías monedas de chocolate nuevitas y un vestido
de azúcar
y en tu mirada multicolor joyas deslumbrantes, luz.

Zelibeth, te llamaba en el desierto del cinematógrafo
cuando la caravana se detenía muerta de horror
ávida de sed a beber agua
y por no hallar otro sitio para amarnos
las imágenes del paisaje se volvían reales
con fragancia con aire con espacios.
Eras silencioso, voluptuoso como la noche. Llevabas
anteojos azules.
¡Por qué no pude fotografiarte!

Rosalm, te llamaba cuando el desencanto ató
mil brazos

alrededor de mi garganta que tragaba saliva, aterrada,
sobre el pasto verde transformada en lebrel, en pez,
en sierva que espera el alma.
Me mirabas con curiosidad
con rubor de manzana.
Te asemejabas a las personas queridas.

"Tur", te llamaba en la torre de humo fría
que forman las casuarinas húmedas
cuando creía que eras como una estatua,
o como *El ángel triste* de Filippino Lippi o el
desesperado de Jerónimo Bosch
o como el que acompaña a Tobías en un cuadro
del Tiziano.

Tenías una camisa de hilo blanca.
¡Ah, qué pobre eras!, pobre y prestigioso.
Comíamos pan, el que se guarda para rayar
en la cocina en los íntimos cajones.
De tanto mirarte se perdió tu forma en mis ojos.
Yo creo que nadie sabe amar y crear si no es a tu lado.
Te amo como te amaba. Todavía. En la multiplicación
de tus nombres con dicha de alas.



Santa Melania

Una medalla de ópalo
podría ser la luna
cuando miro su cadena
rodeando, constelada
un cuello atento.
Aunque no pueda de ella despojarme
como de la pulsera de oro simbiótico, pálido,
o del anillo de rubí ardiente,
si un pedazo le falta
no me lamentaré,
si algo la desfigura
no buscaré su integridad perfecta.
Me dormiré en su luz para siempre
para siempre si el para siempre existe.
Y me cortaré el pelo
cuando esté creciente
y sembraré violetas y pensamientos
cuando mengüe.
Conoce mi amor designios.
Aunque digan algunos pérfidos
que es pura costumbre la belleza,
demasiado variable la cara
mis ojos la verán cuando los cierre
entre los animales
en la tierra y en el mar.
Seré su deslumbrada.



San Jorge

La Furia, el Estupor, la Bienaventuranza
San Jorge la advirtió cuando clavó la lanza
en las bocas abiertas del dragón. Del caballo,
el estupor, la furia rauda era como un rayo.

¿Cómo se llamaría el caballo obedẹiente
con ojos casi humanos, amaestrado y tordillo?
¿Era negro, azulejo o blanco de repente
como son los circenses con plumas y flequillo?

Y ¿cómo era la lanza que buscó el corazón
en los ojos del santo que contempla al dragón?
¿Y cómo era el terror mudado en alegría

y esa luz de la noche que se asimila al día?
Hoy quién guiará mi mano al dibujarlos:
cuadros almibarados y un sueño para amarlos.

Indice

Se terminó de imprimir el 27 de febrero de 1985 en
Gaglianone Establecimiento Gráfico S.A.;
Chilavert 1136, (1437) Buenos Aires, Argentina.

El tiraje total fue de 1.000 ejemplares
que constituyen la primera edición de esta obra.

ISBN 950-9004-43-X